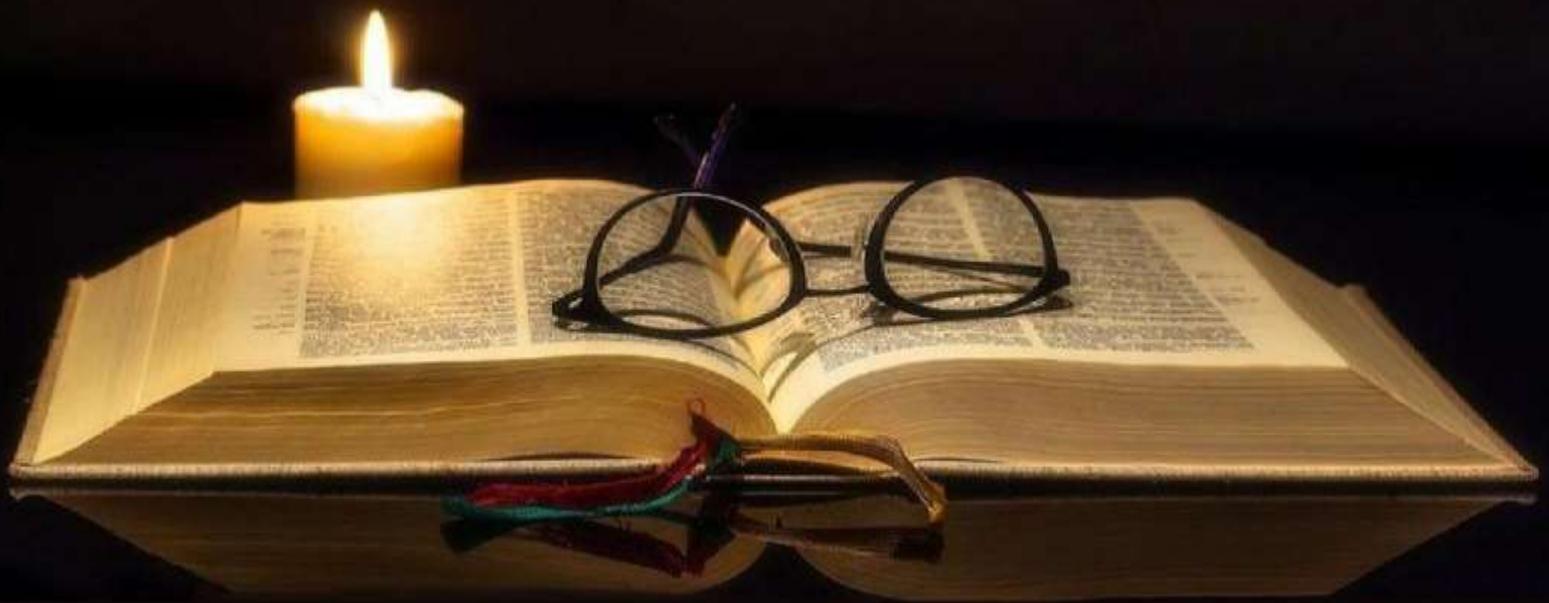


*Iglesia Anglicana Ortodoxa*



# JUICIO PRIVADO

"Examinadlo todo; retened lo bueno" (1 Tesalonicenses 5:21).

J. C. RYLE

# **LA IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA COMUNIÓN MUNDIAL**



## **JUICIO PRIVADO Por el Obispo J. C. Ryle**

**Obispo Presidente Jerry L. Ogles  
Traducción del Rev. José Antonio Rios  
Anglican Orthodox Church  
Statesville, North Carolina**



## JUICIO PRIVADO

*"Examinadlo todo; retened lo bueno". (1 Tesalonicenses 5:21)*

Hubo tres grandes doctrinas o principios que ganaron la batalla de la Reforma Protestante. Estos tres fueron: la suficiencia y supremacía de la Sagrada Escritura; el derecho al juicio privado; y la Justificación solo por la fe, sin las obras de la ley.

Estos tres principios fueron las claves de toda la controversia entre los reformadores y la Iglesia de Roma. Si nos mantenemos firmes en ellos cuando discutimos con un católico romano, nuestra posición es inexpugnable, ningún arma que la Iglesia de Roma pueda forjar contra nosotros prosperará. Si renunciamos a alguno de ellos, nuestra causa se pierde. Como Sansón, con el pelo rapado, nuestras fuerzas se irán. Como los espartanos, traicionados en las Termópilas, seríamos flanqueados y rodeados. No podemos mantener nuestro terreno. La resistencia es inútil. Tarde o temprano tendremos que deponer las armas y rendirnos a discreción.

Recordemos esto cuidadosamente. La controversia católica romana está sobre nosotros una vez más. Debemos ponernos la armadura vieja, si no queremos que nuestra fe sea derrocada. La suficiencia de la Sagrada Escritura, el derecho al juicio privado, la justificación solo por la fe, estos son los tres grandes principios a los que siempre debemos aferrarnos. Agarrémoslos firmemente y nunca los dejemos ir.

Uno de los tres grandes principios a los que me he referido me parece que se destaca en el versículo de la Escritura que encabeza este artículo. Me refiero al derecho al juicio privado. Deseo decir algo sobre ese principio. El Espíritu Santo, por boca de Pablo, nos dice: "Examinadlo todo; retened lo bueno". En estas palabras, tenemos dos grandes verdades.

- I. El derecho, el deber y la necesidad del juicio privado: "Examinadlo todo".
- II. El deber y la necesidad de aferrarse firmemente a la verdad: "retened lo bueno".

En este artículo, propongo detenerme un poco en estos dos puntos.

- I. Permítanme hablar primero del derecho, el deber y la necesidad del juicio privado.

Cuando digo el derecho al juicio privado, me refiero a que cada cristiano individual tiene el derecho de juzgar por sí mismo por la Palabra de Dios, si lo que se le presenta como verdad religiosa es la verdad de Dios o no. Cuando digo el deber del juicio privado, me refiero a que Dios requiere que todo cristiano use el derecho del que acabo de hablar; comparar las palabras y los escritos del hombre con la

revelación de Dios, y asegurarse de que no se engañe ni se deje engañar por falsas enseñanzas.

Y cuando digo la necesidad del juicio privado, me refiero a esto: que es absolutamente necesario que todo cristiano que ama su alma y no quiere que se desvíe, debe ejercitar el derecho y cumplir con el deber al que me he referido; Ver esa experiencia muestra que el descuido del juicio privado siempre ha sido la causa de inmensos males en la Iglesia de Cristo.

Ahora, el apóstol Pablo insta a todos estos tres puntos en nuestro conocimiento cuando usa esas notables palabras, "Examinadlo todo". Pido especial atención a esa expresión. Desde todos los puntos de vista, es sumamente importante e instructivo.

Aquí, debemos recordar, el apóstol Pablo está escribiendo a los tesalonicenses, a una Iglesia que él mismo fundó. Aquí hay un Apóstol inspirado que escribe a los jóvenes cristianos sin experiencia, que escribe a toda la Iglesia profesante en una determinada ciudad, que contiene tanto laicos como clérigos, escribe también, con especial referencia a asuntos de doctrina y predicación, como sabemos por el versículo que precede al texto: "No menospreciéis las profecías". Y, sin embargo, fíjate en lo que dice: "Examinadlo todo". Él no dice: "Todos lo que sean Apóstoles, sean evangelistas, pastores y maestros, sean tus Obispos, todo lo que tus ministros te digan es verdad, eso es lo que debes creer". ¡No! él dice: "Examinadlo todo". Él no dice: "Todo lo que la Iglesia universal declare verdadero, eso es lo que debes guardar". ¡No! él dice: "Examinadlo todo".

El principio establecido es este: "Demuestren todas las cosas por la Palabra de Dios - todos los ministros, todas las enseñanzas, todas las predicaciones, todas las doctrinas, todos los sermones, todos los escritos, todas las opiniones, todas las prácticas - prueben todo por la Palabra de Dios. Mide todo con la medida de la Biblia. Compare todo con el estándar de la Biblia. - Pese todo en las balanzas de la Biblia. - Examine todo a la luz de la Biblia. - Pruebe todo en el crisol de la Biblia. Aquello que puede soportar el fuego de la Biblia, recíbelo, sostenlo, créelo y obedécelo. Lo que no puede soportar el fuego de la Biblia, recházalo, niégalo, repúdialo y deséchalo".

Este es un juicio privado. Este es el derecho que debemos ejercer si amamos nuestras almas. No debemos creer cosas religiosas simplemente porque las digan papas o cardenales, obispos o sacerdotes, presbíteros o diáconos, iglesias, concilios o sínodos, padres, puritanos o reformadores. No debemos argumentar: "Tales y tales cosas deben ser verdad, porque estos hombres lo dicen". No debemos hacerlo. Debemos probar todas las cosas por la Palabra de Dios.

Ahora, sé que tal doctrina suena sorprendente en los oídos de algunos hombres. Pero lo escribo deliberadamente y creo que no se puede refutar. Lamento animar a

cualquier hombre con presunción ignorante o desprecio ignorante. No alabo al hombre que rara vez lee su Biblia y, sin embargo, está presto para hacer agujeros en los sermones de su ministro. No alabo al hombre que no sabe nada más que unos pocos textos del Nuevo Testamento y, sin embargo, se compromete a resolver cuestiones de divinidad que han desconcertado a los hijos más sabios de Dios. Pero sigo manteniendo con el obispo Thomas Bilson (1575), que "todos los oyentes tienen tanto la libertad de discernir como la obligación de tener cuidado con los seductores; y ¡ay de los que no lo hagan!". Y digo con el obispo Davenant (1627): "No debemos creer a todos los que se comprometen a enseñar en la Iglesia, sino que debemos cuidar y sopesar con un examen serio, si su doctrina es sólida o no".

Algunos hombres que conozco se niegan a creer en esta doctrina del juicio privado; pero afirmo con seguridad que se enseña continuamente en la Palabra de Dios.

"El pueblo de Dios está llamado a probar la verdad, a juzgar entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Dios les ha hecho la promesa de su Espíritu, y les ha dejado su palabra. Los de Berea, cuando escucharon la predicación de Pablo, escudriñaron las Escrituras todos los días, si esas cosas eran así como él les enseñó, y muchos de ellos creyeron. Tú también: presta atención a la instrucción y, sin embargo, no recibas todas las cosas sin prueba y examen de que no son contrarias a la sana doctrina de la Palabra de Dios ". - Obispo Jewell, autor de la "*Apología de la Iglesia de Inglaterra*".

Este es el principio establecido por el profeta Isaías (Is. 8:19). Sus palabras fueron escritas, debemos recordar, en una época en que Dios era más inmediatamente Rey sobre su Iglesia, y tenía una comunicación más directa con ella que la que tiene ahora. Fueron escritas en una época en que había hombres en la tierra que tenían revelaciones expresas de Dios. Sin embargo, ¿Qué dice Isaías? "*Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido*". Si esto no es un juicio privado, ¿qué es?

Este es, de nuevo, el principio establecido por nuestro Señor Jesucristo en el Sermón de la Montaña. El Jefe de la Iglesia dice allí: "*Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces*" (Mateo 7:15). ¿Cómo es posible que los hombres identifiquen a estos falsos profetas, si no ejercen su juicio privado sobre cuáles son sus frutos?

Esta es la práctica que encontramos alabada en los Bereanos, en los Hechos de los Apóstoles. No dieron por sentada la palabra del apóstol Pablo, cuando vino a predicarles. Se nos dice que "*cada día escudriñaban las Escrituras para ver si estas*

*cosas eran así", y "por eso", se dice, "muchos de ellos creyeron". (Hechos 17:11-12) ¿Qué era esto, de nuevo, sino un juicio privado?*

Este es el espíritu del consejo dado en 1 Cor. 10:15 - "*Hablo como a sabios; juzgad lo que digo*"; y en Col. 2:18 - "*Guardaos de que nadie os eche a perder por medio de filosofías y vanos engaños*"; y en 1 Juan 4:1 - "*Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios*"; y en 2 Juan versículo 10 - "*Si viene a vosotros alguno que no traiga esta doctrina, no lo recibáis en vuestra casa*". Si estos pasajes no recomiendan el uso del juicio privado, no sé qué significan las palabras. A mi parecer, parecen decir a cada cristiano individual: "Probadlo todo". Independientemente de lo que los hombres digan en contra del juicio privado, podemos estar seguros de que no se puede descuidar sin un inmenso peligro para el alma. Puede que no nos guste, pero nunca sabemos a qué podemos llegar si nos negamos a usarlo. Nadie puede decir a qué profundidades de falsa doctrina podemos ser arrastrados si no hacemos lo que Dios requiere de nosotros, y "probamos todas las cosas".

Supongamos que, por temor al juicio privado, resolvemos creer lo que la Iglesia cree. ¿Dónde está nuestra seguridad contra el error? La Iglesia no es infalible. Hubo un tiempo en que casi toda la cristiandad abrazó la herejía arriana, y no reconoció que el Señor Jesucristo era igual al Padre en todas las cosas. Hubo un tiempo, antes de la Reforma, en que la oscuridad sobre la faz de Europa era una oscuridad que se podía sentir. Los Concilios Generales de la Iglesia no son infalibles. Cuando toda la Iglesia se reúne en un Concilio General, ¿qué dice nuestro vigésimo primer artículo?

"Pueden error, y a veces han errado, incluso en cosas que pertenecen a Dios. Por lo tanto, las cosas ordenadas por ellos como necesarias para la salvación, no tienen ni fuerza ni autoridad, a menos que se declare que han sido tomadas de la Sagrada Escritura."

Las ramas particulares de la Iglesia no son infalibles. Cualquiera de ellas puede errar. Muchas de ellas han caído en desgracia, o han sido barridas. ¿Dónde está la Iglesia de Éfeso hoy en día? ¿Dónde está la Iglesia de Sardis en la actualidad? ¿Dónde está la Iglesia de Agustín de Hipona en África? ¿Dónde está la Iglesia de Cipriano de Cartago? Todas han desaparecido. No queda ni un vestigio de ninguna de ellas. ¿Nos conformaremos entonces con equivocarnos sólo porque la Iglesia se equivoca? ¿Será la comunión entre creyentes una excusa para nuestro error? ¿Acaso nuestro error por la compañía de la Iglesia eliminará nuestra responsabilidad sobre nuestras propias almas? Seguramente es mil veces mejor que un hombre esté solo y se salve, que errar en compañía de la Iglesia y perderse. Es mejor "probar todas las cosas" e ir al cielo, que decir "no me atrevo a pensar por mí mismo" e ir al infierno.

Pero supongamos que, para abreviar, nos decidimos a creer lo que crea nuestro ministro. Una vez más pregunto: ¿Dónde está nuestra seguridad contra el error? Los ministros no son infalibles, como tampoco lo son las iglesias. No Todos ellos tienen el Espíritu de Dios. Los mejores de ellos son sólo hombres. Llámenlos obispos, sacerdotes, diáconos, o cualquier nombre que quieran, todos son vasos de barro. No hablo solamente de los Papas, que han promulgado terribles supersticiones y llevado vidas abominables. Más bien señalaría a los mejores protestantes y diría: "Cuidado con considerarlos infalibles, cuidado con pensar en cualquier hombre (sea quien sea) que no puede equivocarse". Lutero sostuvo la consubstanciación - eso fue un poderoso error. Calvino, el reformador ginebrino, aconsejó la quema de Miguel Servet, lo cual fue un grave error. Cranmer y Ridley instaron a encarcelar a Hooper por una disputa insignificante sobre las vestimentas - eso fue un grave error. Whitgift persiguió a los puritanos - eso fue un grave error. Wesley y Toplady, en el siglo pasado, discutieron ferozmente sobre el calvinismo: eso fue un grave error. Todas estas cosas son advertencias, si las aceptamos. Todas dicen: "Dejad de lado al hombre". Todas nos muestran que si la religión de un hombre depende de los ministros, sean quienes sean, y no de la Palabra de Dios, pende de una caña rota. Nunca hagamos que los ministros sean papas. Sigámoslos hasta donde sigan a Cristo, pero ni un pelo más allá. Creamos todo lo que puedan mostrarnos de la Biblia, pero ni una sola palabra más. Si descuidamos el deber de juzgar en privado, podemos encontrar, a nuestro costo, la verdad de lo que dice Whitby: "Los mejores supervisores a veces cometen descuidos". Podemos vivir para experimentar la verdad de lo que el Señor dijo sobre los fariseos: "*Si el ciego guía al ciego, ambos caerán en la zanja*" (Mat. 15:14). Podemos estar muy seguros de que ningún hombre está a salvo del error, a menos que actúe según el mandato de Pablo - a menos que "pruebe todas las cosas" por la Palabra de Dios.

He dicho que es imposible exagerar los males que pueden surgir de la negligencia en el ejercicio del juicio privado. Iré más lejos y diré que es imposible sobrevalorar las bendiciones que el juicio privado ha conferido tanto al mundo como a la Iglesia.

Pido, pues, a mis lectores que recuerden que los mayores descubrimientos en ciencia y en filosofía, más allá de toda controversia, han surgido del uso del juicio privado. A esto debemos el descubrimiento de Galileo, de que la tierra giraba alrededor del sol, y no el sol alrededor de la tierra. A esto debemos el descubrimiento de Colón del continente de América. A esto debemos el descubrimiento de Harvey de la circulación de la sangre. A esto debemos el descubrimiento de Jenner de la vacunación. A esto debemos la imprenta, la máquina de vapor, el telar mecánico, el telégrafo eléctrico, el ferrocarril y el gas. Por todos estos descubrimientos estamos en deuda con hombres que se atrevieron a "pensar por sí mismos". No se contentaron con el camino trillado de los que les precedieron. No se conformaron con dar por sentado que lo que sus padres creían debía ser cierto. Hicieron experimentos por sí mismos. Pusieron a prueba las viejas teorías establecidas y descubrieron que no tenían valor. Proclamaron nuevos sistemas e invitaron a los

hombres a examinarlos y a comprobar su veracidad. Soportaron impasibles las tormentas de oblaciones y burlas. Escucharon sin inmutarse el clamor de los prejuiciosos amantes de las viejas tradiciones. Y prosperaron y tuvieron éxito en lo que hicieron. Nosotros lo vemos ahora. Y nosotros, que vivimos en el siglo XIX, estamos cosechando el fruto de su uso del juicio privado. Y así como ha sido en la ciencia, también ha sido en la historia de la religión cristiana. Los mártires que se quedaron solos en su día, y derramaron esa sangre que ha sido la semilla del Evangelio de Cristo en todo el mundo, los reformadores, que, uno tras otro, se levantaron con fuerza para entrar en las listas de la Iglesia de Roma, todos hicieron lo que hicieron, sufrieron lo que sufrieron, proclamaron lo que proclamaron, simplemente porque ejercieron su juicio privado sobre lo que era la verdad de Cristo. El juicio privado hizo que los valdenses, los albigenses y los lolardos prefirieran entregar sus vidas antes de creer en las doctrinas de la Iglesia de Roma. El juicio privado hizo que Wickliffe buscara la Biblia en nuestra propia tierra, denunciara a los frailes romanos y todas sus imposiciones, tradujera las Escrituras a la lengua vulgar y se convirtiera en "la estrella de la mañana" de la Reforma. El juicio privado hizo que Lutero examinara el abominable sistema de indulgencias de Tetzal a la luz de la Palabra. El juicio privado lo llevó, paso a paso, de una cosa a otra, guiado por la misma luz, hasta que al final el abismo entre él y Roma era un abismo que no podía ser superado, y el poder del Papa en Alemania fue completamente roto. El juicio privado hizo que nuestros propios reformadores ingleses examinaran por sí mismos, e investigaran por sí mismos, la verdadera naturaleza de ese sistema corrupto bajo el cual habían nacido y se habían criado. El juicio privado les hizo desechar las abominaciones del papado y hacer circular la Biblia entre los laicos. El juicio privado les hizo extraer de la Biblia nuestros Artículos, compilar nuestro Libro de Oración y constituir la Iglesia de Inglaterra tal como es. Rompieron las cadenas de la tradición y se atrevieron a pensar por sí mismos. Se negaron a dar por sentadas las pretensiones y afirmaciones de Roma. Las examinaron todas con la Biblia, y como no soportaron el examen, rompieron con Roma por completo. Todas las bendiciones del protestantismo en Inglaterra, todo lo que estamos disfrutando en este mismo día, se lo debemos al correcto ejercicio del juicio privado. Sin duda, si no honramos el juicio privado, isomos realmente ingratos y desagradecidos!

No nos dejemos llevar por el argumento común de que se puede abusar del derecho al juicio privado, de que el juicio privado ha hecho un gran daño y debe evitarse como algo peligroso. Nunca hubo un argumento más miserable. Nunca hubo uno que, cuando se le da un golpe, resulte tan lleno de paja.

¡Se ha abusado del juicio privado! Me gustaría que el objetor me dijera de qué buen don de Dios no se ha abusado. ¿Qué principio elevado puede nombrarse que no haya sido empleado para los peores propósitos? La fuerza puede convertirse en tiranía, cuando es empleada por el más fuerte para coaccionar al más débil; sin embargo, la fuerza es una bendición cuando se emplea adecuadamente. La libertad puede convertirse en libertinaje, cuando cada hombre hace lo que es correcto a sus

propios ojos, sin tener en cuenta los derechos y sentimientos de los demás; sin embargo, la libertad, usada correctamente, es una poderosa bendición. Porque muchas cosas pueden usarse indebidamente, ¿Debemos por tanto renunciar a estas por completo? Porque el opio es usado indebidamente por algunos, ¿No debe usarse como medicina en ninguna ocasión? Porque el dinero puede usarse indebidamente, ¿Debemos arrojar todo el dinero al mar? No se puede tener el bien en este mundo sin el mal. No puede haber juicio privado sin que algunos abusen de él y lo utilicen para mal.

Pero el juicio privado, dice la gente, ha hecho más daño que bien. ¿Qué daño ha hecho el juicio privado, me gustaría saber, en materia de religión, comparado con el daño que se ha hecho por su descuido? A algunos les gusta decirnos que entre los protestantes que permiten el juicio privado, hay divisiones, y que en la Iglesia de Roma, donde el juicio privado está prohibido, no hay divisiones. Yo podría mostrar fácilmente a tales objetores que la unidad romana es mucho más aparente que real. El obispo Hall, en su libro titulado "La paz de Roma", enumera no menos de trescientas diferencias de opinión existentes en la Iglesia romana. Podría demostrar fácilmente que las divisiones de los protestantes han sido extremadamente exageradas, y que la mayoría de ellas se refieren a puntos de menor importancia. Podría demostrar que, con todas las "variedades del protestantismo", como las llaman los hombres, todavía hay una gran cantidad de unidad fundamental y acuerdo sustancial entre los protestantes. Nadie puede leer la "Armonía de las Confesiones Protestantes" sin ver eso.

Pero admitamos por un momento que el juicio privado ha conducido a divisiones y ha traído variedades. Yo digo que estas divisiones y variedades no son más que una gota de agua cuando se comparan con el torrente de abominaciones que han surgido de la práctica de la Iglesia de Roma de no permitir el juicio privado en absoluto. Poned los males en dos balanzas: los males que han surgido del juicio privado y los que han surgido de que no se permita a nadie pensar por sí mismo. Sopesa los males uno contra otro, y no tengo duda de cuál será el mayor. Dadme las divisiones protestantes, ciertamente, antes que la unidad papista, con el fruto que ésta produce. Dadme las variaciones protestantes, diga lo que diga un hombre como Bossuet sobre ellas, antes que la ignorancia romana, la superstición romana, la oscuridad romana y la idolatría romana. Dadme las diversidades protestantes de Inglaterra y Escocia, con todos sus inconvenientes, antes que el nivel muerto, tanto intelectual como espiritual, de la península italiana. Dejemos que los dos sistemas sean probados por sus frutos, el sistema que dice: "Pruébalo todo", y el sistema que dice: "No te atrevas a tener una opinión propia", dejémoslos que sean probados por sus frutos en los corazones, en los intelectos, en las vidas, en todos los caminos de los hombres, y no tengo ninguna duda en cuanto al resultado.

En cualquier caso, no nos dejemos mover por el engañoso argumento de que es humildad no permitir el juicio privado y no tener una opinión propia, que es parte de un verdadero cristiano no pensar por sí mismo.

Digo con valentía a los hombres que tal humildad es una falsa humildad, una humildad que no merece ese bendito nombre. Llámenla más bien pereza, holgazanería y descuido. Hace que un hombre se despoje de toda su responsabilidad, y arroje toda la carga de su alma en manos del ministro y de la Iglesia. Le da al hombre una mera religión vicaria, una religión por la cual pone su conciencia y todos sus asuntos espirituales bajo el cuidado de otros. No necesita preocuparse por sí mismo, no necesita pensar más por sí mismo, se ha embarcado en una nave cómoda, y ha puesto su alma bajo un piloto seguro, y supone que llegará al cielo. Oh, guardémonos de suponer que esto merece el nombre de humildad. Es negarse a ejercer el don que Dios nos ha dado. Es negarse a emplear la espada del Espíritu que Dios ha forjado para el uso de nuestra mano. Bendito sea Dios, nuestros antepasados no actuaron según tales principios. Si lo hubieran hecho, nunca habríamos tenido la Reforma. Si lo hubieran hecho, podríamos estar inclinándonos ante la imagen de la Virgen María en este momento, o rezando a los espíritus de los santos difuntos, o celebrando un servicio en latín. Que el buen Dios nos libre siempre de esa humildad.

Mientras vivamos, resolvamos que leeremos por nosotros mismos, pensaremos por nosotros mismos, juzgaremos la Biblia por nosotros mismos, en los grandes asuntos de nuestras almas. Atrevámonos a tener una opinión propia. No nos avergoncemos nunca de decir: "Creo que esto es correcto, porque lo encuentro en la Biblia" y "Creo que esto es incorrecto, porque no lo encuentro en la Biblia". "Probemos todas las cosas", y probémoslas con la Palabra de Dios.

Mientras vivamos, tengamos cuidado con el sistema de la venda en los ojos, que muchos recomiendan en la actualidad, el sistema de seguir a un líder, y no tener opinión propia, el sistema que prácticamente dice: "Sólo guarda tu Iglesia, sólo recibe los Sacramentos, sólo cree lo que te dicen los ministros ordenados que están puestos sobre ti, y entonces todo estará bien." Advierto a los hombres que esto no servirá. Si nos contentamos con este tipo de religión, estamos poniendo en peligro nuestras almas inmortales. Que la Biblia, y no ninguna Iglesia en la tierra, o ningún ministro en la tierra, sea nuestra regla de fe". "Probad todas las cosas" por la Palabra de Dios.

Sobre todo, mientras vivamos, esperemos habitualmente el gran día del juicio. Pensemos en la solemne cuenta que cada uno de nosotros tendrá que dar en ese día ante el tribunal de Cristo. No seremos juzgados por las Iglesias. No seremos juzgados por congregaciones enteras. Seremos juzgados individualmente, cada uno por sí mismo. De qué nos servirá en aquel día decir: "Señor, Señor, yo creí todo lo que me dijo la Iglesia. Recibí y creí todo lo que los ministros ordenados pusieron

ante mí. Pensé que todo lo que la Iglesia y los ministros decían debía ser correcto". ¿De qué nos servirá decir esto, si hemos sostenido algún error mortal? Seguramente, la voz de aquel que está sentado en el trono responderá: "Tenías las Escrituras. Tenías un libro claro y fácil para todo aquel que lo leyera y lo escudriñara con el espíritu de un niño. ¿Por qué no usaste la Palabra de Dios cuando te fue dada? Tenías un alma razonable dada para entender esa Biblia. ¿Por qué no "probasteis todas las cosas" y os mantuvisteis así alejados del error?" Si nos negamos a ejercitar nuestro juicio privado, pensemos en ese horrible día, y tengamos cuidado.

II. Y ahora permítanme hablar del deber y la necesidad de mantenernos firmes en la verdad de Dios.

Las palabras del Apóstol sobre este tema son concisas y contundentes. "Manténganse firmes", dice, "en lo que es bueno". Es como si nos dijera: "Cuando hayáis encontrado la verdad por vosotros mismos, y cuando estéis satisfechos de que es la verdad de Cristo, esa verdad que exponen las Escrituras, entonces aférrate firmemente, agarraos a ella, guardadla en vuestro corazón, no la soltéis nunca". Pablo habla como alguien que conocía el corazón de todos los cristianos. Sabía que nuestra comprensión del Evangelio, en el mejor de los casos, es muy fría, que nuestro amor pronto se debilita, que nuestra fe pronto flaquea, que nuestro celo pronto decae, que la familiaridad con la verdad de Cristo a menudo trae consigo una especie de desprecio, que, como Israel, somos propensos a desanimarnos por la longitud de nuestro viaje, y, como Pedro, estamos listos para dormir un momento y luchar al siguiente, pero, al igual que Pedro, no estamos listos para "velar y orar". Todo esto lo recordaba Pablo, y, como un vigilante fiel, clama por el Espíritu Santo: "Retened lo que es bueno."

Habla como si previera por el Espíritu que las buenas nuevas del Evangelio pronto serían corrompidas, estropeadas y arrancadas de la Iglesia de Tesalónica. Habla como si previera que Satanás y todos sus agentes se esforzarían por derribar la verdad de Cristo. Escribe como si quisiera advertir a los hombres de este peligro, y clama: "Retened lo bueno".

El consejo es siempre necesario, necesario mientras el mundo siga en pie. Hay una tendencia a la decadencia en las mejores instituciones humanas. La mejor Iglesia visible de Cristo no está libre de la tendencia a la degeneración. Está formada por hombres falibles. Siempre hay en ella una tendencia a dejar su primer amor. Vemos cómo la levadura del mal se introduce en muchas iglesias, incluso en tiempos del Apóstol. Había males en la iglesia de Corinto, males en la iglesia de Éfeso, males en la iglesia de Gálata. Todas estas cosas están destinadas a ser faros en estos últimos tiempos. Todos muestran la gran necesidad que se le impone a la Iglesia de recordar las palabras del Apóstol: "Retened lo que es bueno".

Desde entonces, muchas iglesias de Cristo han caído por no recordar este principio. Sus ministros y miembros olvidaron que Satanás siempre está trabajando para introducir la falsa doctrina. Olvidaron que puede transformarse en un ángel de luz, que puede hacer que las tinieblas parezcan luz, y la luz oscuridad, que la verdad parezca mentira, y la mentira verdad. Si no puede destruir el cristianismo, siempre trata de estropearlo. Si no puede impedir lo que es conforme a la piedad, se esfuerza por robar el poder de las iglesias. Ninguna Iglesia estará jamás a salvo si olvida estas cosas y no tiene presente el mandato del Apóstol: "Retened lo bueno".

Si alguna vez hubo un tiempo en el mundo en el que las Iglesias fueron puestas a prueba, para ver si se aferraban a la verdad o no, ese tiempo es el presente, y esas Iglesias son las Iglesias Protestantes de nuestra propia tierra. El papismo, ese viejo enemigo de nuestra nación, está viniendo sobre nosotros en este día como una inundación. Somos asaltados por enemigos abiertos fuera, y traicionados continuamente por falsos amigos dentro. El número de iglesias, capillas, escuelas y establecimientos conventuales y monásticos católicos romanos aumenta continuamente a nuestro alrededor. Mes tras mes nos llega la noticia de alguna nueva desertión de las filas de la Iglesia de Inglaterra a las filas de la Iglesia de Roma. Ya el clero de la Iglesia de Roma está usando grandes palabras sobre lo que vendrá, y se jacta de que, tarde o temprano Inglaterra volverá a ser llevada a su órbita, de la cual nuestro país había escapado, ya que están dividiendo los obispados, y hablan como quien imagina que tarde o temprano se repartirán el botín. Ya parecen prever un tiempo en el que Inglaterra será como el patrimonio del "Pedro del romanismo", en el que Londres será como Roma, en el que el "Pablo protestante" será como el "Pedro de los romanistas", y el Palacio de Lambeth será como el mismo Vaticano. Sin duda, ahora o nunca, todos deberíamos despertar y "retener lo que es bueno".

Tal vez, algunos de nosotros, en nuestra ceguera, supusimos que el poder de la Iglesia de Roma había terminado. Soñamos, en nuestra insensatez, que la Reforma había acabado con la controversia papista, y que si el romanismo sobrevivía, el romanismo había cambiado por completo. Si pensamos así, hemos vivido para aprender que cometimos un gravísimo error. Roma nunca cambia. Se jacta de ser siempre la misma. La serpiente no se mató. Fue ahuyentada en la época de la Reforma, pero no fue destruida. El anticristo romano no está muerto. Fue abatido por una pequeña temporada, como el legendario gigante enterrado bajo el monte Etna, pero su herida mortal está curada, la tumba se está abriendo de nuevo, y el Anticristo está saliendo. El espíritu inmundo del papismo no ha sido puesto en su propio lugar. Más bien parece decir: "Mi casa en Inglaterra está ahora barrida y adornada para mí; déjame volver al lugar de donde salí".

Y la cuestión es ahora, si vamos a permanecer en silencio, sentados y cruzados de brazos, y no hacer nada para resistir el asalto. ¿Somos realmente hombres que entienden los tiempos? ¿Conocemos el día de nuestra visitación? Ciertamente, ésta

es una crisis en la historia de nuestras Iglesias y de nuestra tierra. Es un tiempo que pronto demostrará si conocemos el valor de nuestros privilegios, o si, como Amalec, "la primera de las naciones", nuestro "último fin será que perezamos para siempre". Es un tiempo que pronto probará si tenemos la intención de permitir que nuestro candelabro sea removido, o de arrepentirnos, y hacer nuestras primeras obras, para que ningún hombre tome nuestra corona. Si amamos la Biblia abierta, si amamos la predicación del Evangelio, si amamos el privilegio de leer esa Biblia, sin que nadie nos lo permita ni nos lo impida, y la oportunidad de escuchar ese Evangelio, sin que nadie nos lo prohíba, si amamos la libertad civil, si amamos la libertad religiosa, si estas cosas son preciosas para nuestras almas, debemos decidirnos a "mantenernos firmes", no sea que con el tiempo lo perdamos todo.

Si queremos "mantenernos firmes", cada parroquia, cada congregación, cada hombre y cada mujer cristianos deben hacer su parte en la defensa de la verdad. Cada uno de nosotros debe trabajar, orar y esforzarse como si la preservación del Evangelio puro dependiera de sí mismo y de nadie más. Los obispos no deben dejar el asunto a los sacerdotes, ni los sacerdotes a los obispos. El clero no debe dejar el asunto a los laicos, ni los laicos al clero. El Parlamento no debe dejar el asunto en manos del país, ni el país en manos del Parlamento. Los ricos no deben dejar el asunto en manos de los pobres, ni los pobres en manos de los ricos. Todos debemos trabajar. Cada alma viviente tiene una esfera de influencia. Que se ocupe de llenarla. Cada alma viviente puede arrojar algo de peso en la balanza del Evangelio. Que se encargue de ponerlo en la balanza. Que cada uno conozca su propia responsabilidad individual en este asunto; y todo, con la ayuda de Dios, irá bien.

Si queremos "retener" lo que es bueno, nunca debemos tolerar o aprobar ninguna doctrina que no sea la doctrina pura del Evangelio de Cristo. Hay un odio que es francamente caritativo, es decir, el odio a la doctrina errónea. Hay una intolerancia que es francamente loable, es decir, la intolerancia de la falsa enseñanza en el púlpito. ¿A quién se le ocurriría tolerar ese pequeño veneno que se le da día a día? Si vienen hombres entre nosotros que no predicán "todo el consejo de Dios", que no predicán de Cristo, y del pecado, y de la santidad, de la ruina, y de la redención, y de la regeneración, y no predicán de estas cosas de una manera bíblica, debemos dejar de escucharlos. Debemos actuar de acuerdo con el mandato dado por el Espíritu Santo en el antiguo Testamento: "*Cesa, hijo mío, de oír las enseñanzas que te hacen divagar de las razones de sabiduría*" (Prov. 19:27). Debemos llevar a cabo el espíritu mostrado por el Apóstol Pablo, en Gal. 1:8: "*Si nosotros, o un ángel del cielo, os predicara otra doctrina que la que hemos predicado, sea anatema*". Si podemos soportar oír la verdad de Cristo mancillada o adulterada y no vemos ningún daño en escuchar lo que es otro Evangelio, y podemos sentarnos a gusto mientras el cristianismo falso se vierte en nuestros oídos, y podemos ir a casa cómodamente después, y no arder con santa indignación, si este es el caso, hay pocas posibilidades de que alguna vez hagamos mucho para resistir a Roma. Si nos contentamos con escuchar a Jesucristo sin ponerlo en el lugar que

le corresponde, no somos hombres y mujeres que puedan hacer mucho servicio a Cristo, o pelear una buena batalla de su lado. El que no es celoso contra el error, probablemente no será celoso por la verdad.

Si queremos mantener la verdad, debemos estar dispuestos a unirnos con todos los que sostienen la verdad y aman al Señor Jesucristo con sinceridad. Debemos estar dispuestos a dejar de lado todas las cuestiones menores como cosas de importancia subordinada. Establecimiento o no establecimiento, liturgia o no liturgia, sobrepelliz o no sobrepelliz, obispos o presbíteros, todos estos puntos de diferencia, por muy importantes que sean en su lugar y en su proporción, deben ser considerados como cuestiones subordinadas. No pido a nadie que renuncie a sus opiniones privadas sobre ello. No deseo que nadie haga violencia a su conciencia. Todo lo que digo es que estas cuestiones son madera, heno y hojarasca, cuando los fundamentos mismos de la fe están en peligro. Los filisteos están sobre nosotros. ¿Podemos hacer causa común contra ellos, o no? Este es el único punto que debemos considerar. Seguramente no es correcto decir que esperamos pasar la eternidad con los hombres en el cielo, y sin embargo no podemos trabajar durante unos años con ellos en este mundo. No tiene sentido hablar de alianza y unión, si no va a haber cooperación. La presencia de un enemigo común debería hundir las diferencias menores. Debemos mantenernos unidos, si queremos "mantener lo que es bueno".

Algunos hombres pueden decir: "Esto es muy problemático". Algunos dirán: "¿Por qué no nos quedamos quietos y callados?" Algunos dirán: "¡Oh, esa horrible controversia! ¿Qué necesidad hay de todo este problema? ¿Por qué debemos preocuparnos tanto por estos puntos de diferencia?" Yo pregunto, ¿Qué cosa buena se ha conseguido, o se ha conservado, sin problemas? El oro no se encuentra en los campos de maíz ingleses, sino en el fondo de los ríos californianos y en los arrecifes de cuarzo australianos. Las perlas no crecen en los setos ingleses, sino en las profundidades de los mares de la India. Las dificultades nunca se superan sin lucha. Las montañas rara vez se escalan sin fatiga. Los océanos no se atraviesan sin sacudidas en las olas. La paz rara vez se obtiene sin guerra. Y la verdad de Cristo rara vez se convierte en propiedad de una nación, y se mantiene como propiedad de una nación, sin dolores, sin luchas y sin problemas.

Que el hombre que habla de "problemas" nos diga dónde estaríamos hoy en día, si nuestros antepasados no se hubieran tomado algunos problemas. ¿Dónde estaría el evangelio en Inglaterra si los mártires no hubieran dado sus cuerpos para ser quemados? ¿Quién puede calcular nuestra deuda con Cranmer, Latimer, Hooper, Ridley y Taylor, y sus hermanos? Ellos "mantuvieron firme lo que es bueno". No renunciaron a una pizca de la verdad de Cristo. No consideraron sus vidas como algo valioso por causa del Evangelio. Trabajaron y se afanaron, y nosotros hemos participado en sus labores. Es una vergüenza para nosotros, si no nos tomamos un poco de molestia para mantener con nosotros lo que ellos tan noblemente ganaron.

Con problemas o sin ellos, con dolores o sin ellos, con controversias o sin ellas, una cosa es muy segura: nada más que el Evangelio de Cristo hará bien a nuestras propias almas. Nada más mantendrá nuestras iglesias. Nada más traerá la bendición de Dios a nuestra tierra. Por lo tanto, si amamos nuestras propias almas, o si amamos la prosperidad de nuestro país, o si amamos mantener nuestras Iglesias en pie, debemos recordar las palabras del Apóstol, y "sostener firmemente" el evangelio, y negarnos a dejarlo ir.

He expuesto en lenguaje claro dos cosas. Una, el derecho, el deber y la necesidad del juicio privado. La otra es el deber y la necesidad de mantenerse firme en la verdad. Sólo queda aplicar estas cosas a las conciencias individuales de mis lectores, mediante unas pocas palabras finales.

Por un lado, si es nuestro deber "probar todas las cosas", permítanme suplicar y exhortar a todos los eclesiásticos ingleses a que se armen con un conocimiento profundo de la Palabra de Dios escrita. Leamos nuestras Biblias regularmente y familiaricémonos con su contenido. Comprobemos todas las enseñanzas religiosas, cuando se nos presenten, con la Biblia. Un pequeño conocimiento de la Biblia no será suficiente. Un hombre debe conocer bien su Biblia si quiere probar la religión por ella, y debe leerla regularmente si quiere conocerla bien. No hay un camino fácil hacia el conocimiento de la Biblia. Debe haber una lectura paciente, diaria y sistemática del Libro, o el Libro no será conocido. Como alguien dijo pintorescamente, pero con mucha verdad, "La justificación puede ser por la fe, pero el conocimiento de la Biblia viene sólo por las obras". El diablo puede citar las Escrituras. Podía ir a nuestro Señor y citar un texto cuando quería tentarlo. Un hombre debe ser capaz de decir, cuando oye citar falsamente la Escritura, pervertirla y aplicarla mal, "Escrito está", para no ser engañado. Dejemos que un hombre descuide su Biblia, y no veo nada que impida que se convierta en un católico romano, un arriano, un sociniano, un judío o un turco, si un plausible defensor de cualquiera de estos falsos sistemas se encuentra con él.

Por otra parte, si es correcto "probar todas las cosas", pongamos especial cuidado en probar cada doctrina católica romana, sea cual sea la que se presente, con la Palabra de Dios escrita. No creamos nada, por muy especioso que sea; no creamos nada, sea cual sea el peso de la autoridad que se presente; no creamos nada, aunque esté apoyado por todos los Padres; no creamos nada, a no ser que se nos pueda probar a partir de la Escritura. Sólo la Biblia es infalible. Sólo ella es la luz. Sólo ella es la medida de Dios para la verdad y la falsedad. "Que Dios sea verdadero, y todo hombre mentiroso". La respuesta de los neozelandeses a los sacerdotes romanos, cuando fueron por primera vez entre ellos, fue una respuesta que nunca se olvidará. Oyeron a estos sacerdotes instarles a adorar a la Virgen María. Les oyeron recomendar la oración a los santos muertos, el uso de imágenes, la misa y el confesionario. Les oyeron hablar de la autoridad de la Iglesia de Roma, de la supremacía del Papa, de la antigüedad de la comunión romana. Conocían la Biblia,

y escucharon todo esto con calma, y dieron una respuesta simple pero memorable: "No puede ser verdad, porque no está en la Biblia". Todo el conocimiento del mundo no podría haber proporcionado una respuesta mejor que esa. Con un Latimer, con un Knox, o un Owen, nunca podrían haber dado una respuesta más aplastante. Que esta sea nuestra regla cuando seamos atacados por los romanistas o semirromanistas; mantengamos firme la espada del Espíritu, y digamos, en respuesta a todos sus argumentos: "No puede ser verdad, porque no está en la Biblia".

Por último, si es correcto "aferrarse a lo que es bueno", asegurémonos de que cada uno de nosotros se ha aferrado personalmente a la verdad de Cristo. No nos salvará conocer todas las controversias, y ser capaces de detectar todo lo que es falso. El conocimiento de la cabeza nunca nos llevará al cielo. No nos salvará ser capaces de discutir y razonar con los católicos romanos, o detectar los errores de las bulas de los Papas, o de las cartas pastorales. Procuremos que cada uno se aferre a Jesucristo por sí mismo, por su propia fe personal. Procuremos que cada uno huya en busca de refugio y se aferre a la esperanza que nos ofrece su glorioso Evangelio. Hagamos esto, y todo estará bien con nosotros, independientemente de lo que pueda ir mal. Hagamos esto, y entonces todo será nuestro. La Iglesia puede fracasar. El Estado puede ir a la ruina. Los fundamentos de todos los establecimientos pueden ser sacudidos. Los enemigos de la verdad pueden prevalecer por un tiempo. Pero en cuanto a nosotros, todo estará bien. Tendremos en este mundo la paz, y en el mundo venidero, la vida eterna; porque tendremos a Cristo, y teniéndolo a él, lo tenemos todo. Este es el verdadero "bien", el bien duradero, el bien en la enfermedad, el bien en la salud, el bien en la vida, el bien en la muerte, el bien en el tiempo y el bien en la eternidad. Todas las demás cosas son inciertas. Todas se desgastan. Se desvanecen. Se marchitan. Se terminan. Se deterioran. Cuanto más tiempo los tenemos, más inútiles los encontramos, y más satisfechos estamos de que todo lo de aquí abajo es "vanidad y aflicción de espíritu". Pero en cuanto a la esperanza en Cristo, siempre es buena. Cuanto más la usamos, mejor nos parece. Cuanto más la llevemos en el corazón, más brillante se verá. Es buena cuando la tenemos por primera vez. Es mucho mejor cuando envejecemos. Es mejor aún en el día de la prueba y en la hora de la muerte. Y será lo mejor de todo en el día del juicio.